



La Santa Sede

JUAN PABLO II

REGINA CAELI

Domingo 27 de mayo de 2001

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Se celebra hoy en Italia y en otros países la Ascensión de Jesús al cielo. El día tradicional de esta fiesta era el jueves, pero, por razones pastorales, se ha trasladado a este domingo.

La *Ascensión* de Jesús es un acontecimiento que dejó una huella tan indeleble en la memoria de los primeros discípulos, que encontramos testimonio de ella en los evangelios y en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Cuarenta días después de su resurrección, Jesús llevó a sus discípulos al monte de los Olivos, "hacia Betania", y, "mientras los bendecía, se separó de ellos y fue elevado al cielo" (*Lc 24, 50-51*). Naturalmente, ellos se quedaron mirando hacia las alturas, pero inmediatamente dos ángeles les preguntaron: "¿Qué hacéis ahí mirando al cielo? El mismo Jesús (...) volverá como lo habéis visto marcharse" (*Hch 1, 11*).

2. "En la tierra como en el cielo": estas palabras, que repetimos todos los días en la oración del *Padre nuestro*, expresan muy bien la nueva condición de los discípulos, transformados por la experiencia del misterio pascual de Cristo. Son, al mismo tiempo, *ciudadanos de la tierra y del cielo*.

En efecto, Cristo creó en sí mismo el puente entre el cielo y la tierra: él es el Mediador entre Dios y el hombre, entre el reino de los cielos y la historia del mundo. Los creyentes, unidos a él en su mismo Espíritu, forman una comunidad nueva, la Iglesia, cuya naturaleza es al mismo tiempo visible y espiritual, peregrina en el mundo y partícipe de la gloria celestial (cf. *Lumen gentium*, 8 y 48-51).

3. María santísima fue asociada a este misterio más que cualquier otra criatura. Como nueva Eva, de la que nació el nuevo Adán, señala el camino de nuestro compromiso en la tierra; al mismo tiempo, habiendo sido elevada al cielo en cuerpo y alma, nos invita a tender hacia nuestra verdadera patria, donde nos espera la plenitud de la vida en el amor de Dios uno y trino.

La Iglesia, mientras rema mar adentro en el océano del nuevo milenio, no pierde de vista la estrella polar, que orienta su navegación. Esta estrella es Cristo, Señor de los siglos. Junto a él está su Madre, nuestra Madre, que no cesa de acompañar a sus hijos durante su peregrinación terrena. A ella dirigimos nuestra mirada con sincera esperanza. Le encomendamos las expectativas y los proyectos de la Iglesia, tal como se presentaron en el consistorio extraordinario recién concluido-

A ella le pedimos el don de la paz para el mundo entero, a la vez que con renovada confianza cantamos el *Regina caeli*.